

mi complexión moral y material, yo viviera feliz y no en esta contrariedad horrible dentro de mi hogar y de mi lecho, la cual exacerba todos mis apetitos y no trae calma ninguna. Debo decirte una cosa horrible: dada tal situación, Agripina hubiera querido hasta ocupar el sitio de una esposa en todos los sentidos de la palabra y en todas sus consecuencias.

— No digas eso, Nerón.

— Lo digo, y además pienso decirte que tras lo dicho por Agripina respecto de Acté, tras lo mandado respecto de Octavia, tras lo hecho respecto de Británico, yo le declaro la guerra y estoy resuelto á no tener paciencia. Morirá Británico, morirá Octavia, y si es preciso, Agripina morirá también.



CAPÍTULO VI

CENAS NERONIANAS

El emperador se divertía de lo lindo en medio del disgusto que le daban su madre Agripina, su hermano Británico, su esposa Octavia, los sermones de Séneca, los versos de Lucano, la súbita castidad de Acté, los asedios á Popea, la pasión despertada en él por esta mujer, sus planes encaminados al goce de estos amores y al seguro de tal goce, las resistencias del patriciado, las murmuraciones del pueblo, los rumores de conspiración en el pretorio, los cuidados por una empresa tan vasta como la muy reflexiva de alzarse con todo el gobierno sin tener en su ejercicio ni competidor ni competencia posibles. Un objeto así, tan extenso como profundo, reclamaba en su realización todo el tiempo, y todo el pensamiento, y todo el trabajo, y toda el alma y toda la vida de quien lo intentaba; y lo emprendía Nerón sumido en la embriaguez de placeres que le absorbían á una en sus asesinadas sensualidades y le paralizaban la voluntad necesaria en todo gran proyecto. Tenía, pues, que cambiar, no sólo de costumbres, sino hasta de complexión y de naturaleza. Conjurar el fantasma de la República volviendo de continuo cuanto más pretendían alejarlo;

retener al Senado por una parte y al ejército por otra en sus propensiones contrarias, encaminadas las del uno á restaurar las instituciones libres y las del otro á tener siempre al César por pupilo; emanciparse de una tutela como aquella de Agripina, en quien habían resucitado todas las artes de Livia servidas por el veneno de Locusta; deshacerse del triste Británico sin herir á los pretorianos y de Octavia sin herir á los patricios: empresas aparecían de tanto mayor empeño, cuanto que, para empezarlas y concluir las, habíase menester de una voluntad no embargada por ningún objeto diverso de su realización y cumplimiento. Mas no podía ir á parte ninguna con estas obligaciones, contraídas por su propia voluntad, quien pasaba sucesivamente sus días y sus noches en el juego de azar, en el trinquete á pelotazos, en las carreras de caballos, en el teatro entre histriones, en el circo entre gladiadores; ya tañendo la cítara, ya recitando largos monólogos cómicos y trágicos; de magia y hechicería unas veces, de quiromancia y astrología otras; acompañado por acróbatas y titiriteros; yendo del garito á la zahurda, de la zahurda á la taberna, de la taberna al burdel.

En laberinto tan complicado como el cretense tenía que penetrar, cuando tratara de sacudir un poco las tristezas engendradas por las intimaciones increíbles de su madre á que compartiera el tálamo solitario con Octavia y con Británico aquel trono que Nerón creía único y todo para sí. Veámoslo en acción, veámoslo, y apenas podremos dar crédito á nuestros ojos, según va compelido á todas partes por los impulsos de sus caprichos en vaivenes á cual más brusco y en saltos mortales á cual más peligroso y en empeños entre crueles y ridículos. Rodeábanle varios jóvenes en una orgía propia de aquel tiempo, los cuales jóvenes á roso y belloso proferían todo género de sandeces, sin pararse por modo alguno en barras. Descollaban entre aquella cohorte de calaveras dos, un patricio y un esclavo, el noble Othón y el siervo Tigelino; pues al emperador no le gustaban únicamente los goces para sí mismo, gustábanle hasta los goces de todos los demás; holgándose con el placer ajeno si le faltaban fuerzas para en el propio regodearse, poseído así de una voluptuosidad infinita por lo intensa é inacabable por lo duradera.

— Dime algo, Tigelino, algo — decía Nerón, tendido sobre su

lecho en la orgía, con todas las señales, no del hartazgo, del hastío al hartazgo anejo, del agotamiento y la impotencia.

— ¿Qué quieres te diga? — le preguntaba Tigelino.

— Pues algo contra alguien — le respondía Nerón á Tigelino.

— Hablemos contra los expendedores de períodos melifluos, empapados en sésamo y en beleño — decía el tal compañero.

— No hablemos contra tales gentes, porque podrían Lucano y Petronio enojarse — decía Nerón.

— Y ¿por qué no añades tu maestro Séneca, por qué? — le preguntó á su vez Othón.

— Cállate, mala lengua — díjole con ironía el César.

— Pretende tamaño sofista que nos trae las ideas del Atica y nos trae las hipérboles del Asia — replicó Othón.

— No te consiento hablar mal de Séneca, por quien yo tengo un verdadero culto. Respecto de los demás, dejémoslos desgañitarse cuanto quieran. Como no hablarían si careciesen de auditorio, con no escucharlos basta para destruirlos — dijo filosóficamente Nerón.

— Pues mira, Nerón; ese tropel de imberbes é insulsos escolares, que pasa delante de nosotros riendo y saltando, viene de oírlos: ten la seguridad completa de que mañana mismo repetirán todos ellos sus sandeces — Othón observó.

— No lo creas — observó Tigelino á su vez, — todos están ebrios de sensualidad y sólo se curan de sus voluptuosidades.

— Es verdad, no son tanto camaradas de cátedra, como camaradas de lupanar — Othón añadió.

— Y ¿para qué habían los infelices de estudiar, cuando Themis, la Justicia, se rinde, no á quien más sabe, sino á quien más tiene? — observó Tigelino.

— Sin embargo, van camino de ser dioses — dijo Nerón.

— Lo creo; pues aquí en Roma — replicóle Othón, — donde á cada paso tropiezas con un dios, no se tropieza jamás con un hombre.

— Divirtámonos, gocemos, riámos sin parar mientes en este mundo traidor — exclamó esperezándose Nerón.

— Mira — le dijo Tigelino, — aquí está Bipur.

Y señaló á una prostituta que desdeñara el último esclavo por sucia y que Nerón olisqueaba como el perro á la perra en celo.

— Mira, no caigas en lo primero con que topes, reserva tus fuerzas — le dijeron al César sus dos compañeros de fatigas.

— Yo quiero consagrar la noche á Priapo — exclamó Nerón.

— Pues reposemos un poco — le dijeron sus dos camaradas.

— Reposemos — añadió el emperador.

Y despidiendo á Bipur, que se fué muy contrariada, echáronse á dormir y á roncar los tres como tres cerdos.

— Á casa de Trimalción, que os convida — exclamó, á la media hora de dormir los tres, con estrépito numerosa turba de atletas y gladiadores, interrumpiendo el sueño de los durmientes, que se levantaron muy de mal humor y siguieron como máquinas ó maniqués el empuje.

— Buena bestia ese Trimalción — dijéronse entre sí los dos compañeros del César.

— No murmuréis — les advirtió Nerón — de quien me recrea y me divierte.

— Librennos los dioses — exclamaron ambos calaveras.

— Tengo que prepararme á grandes cosas, y para prepararme á grandes cosas tengo que divertirme á mi sabor y á mis anchas.

— Y nada te divierte como Trimalción — exclamó Tigelino.

— Pues hay alguien que le divierte más todavía — dijo el sátropa Othón.

— ¿Cómo? — preguntó Tigelino.

— Hazte el descomido, sabiéndolo tanto como yo.

— La mujer de Trimalción, Fortunata — dijo Nerón, — me divierte más que su marido todavía.

— Pues á divertirse llaman — exclamó Tigelino.

— A divertirse de veras — añadió con insistencia Othón.

— Ya sabéis que bajo pena de muerte hállanse todos obligados á no hacerme caso, respetando en mí el disfraz y el incógnito.

Efectivamente, los tres calaveras llegaron á casa de Trimalción: Othón y Tigelino con sus trajes; Nerón, por el bien parecer, muy disfrazado.

— Lo que á este ganapán de Trimalción se le ocurre, á nadie se le ocurrirá nunca — díjole al César su camarada Othón.

— ¿Qué se le ocurre?

— ¿No lo ves?

— ¿Qué?

— Unas jovencillas pican á la puerta con agujas de oro el cutis á los convidados, ingiriéndoles el satirición á fin de aumentar su voluptuosidad.

— Dejémonos picar, Tigelino.

— Dejémonos picar, Nerón, aunque no lo necesitamos.

— Pero después de picados en el rostro y en las manos hay que desnudarse — díjoles á sus dos compañeros Othón.

— ¿Para qué? — preguntó Tigelino.

— Para que nos unten de aceite.

Con efecto, una turba de clínicos bailarines, con sus trajes de color del mirto remangados hasta la cintura, los cogió por su cuenta y les frotó el cuerpo todo con afrodisíacos aceites.

— Pasad á ese gabinete — dijéronles luego.

Y pasaron los tres, vistiéndose allí los trajes de banquete apercebidos para el caso.

— Pasad al cuarto de recogimiento y de reposo, dijeron los domésticos de Trimalción á los tres jóvenes, sin distinguir con preferencia de ningún género á Nerón, quien iba, como hemos dicho, de simple particular á esas fiestas, desceñido del carácter cesáreo por un momento y queriendo que lo tratasen como á un simple mortal; pues de lo contrario, viéndose tratado como un dios, nunca se divertía, y en aquellos divertimientos se holgaba mucho, aunque al respeto le faltasen.

— Entrad, entrad — repitieron los siervos á los recién llegados.



Bailarina